

# TEATRO

"El Debate" 7/2/56

## "PURGANTE PARA EL NIÑO"

Por SERGIO VODANOVIC

Conversando con Esteban Serrador, éste me dió a conocer el repertorio que llevaba a España. Como le observara que algunos títulos difícilmente serían aceptados por la rígida censura española, Serrador me contestó que ya contaba con la respectiva aprobación. Ante mi asombro, él agregó:

—En España encuentran que los sudamericanos decimos las cosas atrevidas con una gracia que hace desaparecer la crudeza que los mismos parlamentos tendrían en labios de actores españoles.

Ese es uno de los misterios de los idiomas y de las pronunciaciones regionales. Cuando leímos, años atrás, "On purge Bébé", no advertimos la molestia que experimentamos, ahora, al ver la representación de "Purgante para el niño" donde las vicisitudes de la intestinal enfermedad de Toto termina produciendo una sensación de desagrado. Lo que en francés resultara ingenioso y simpático, en español bordea la grosería. No solamente en este aspecto pierde la obra de Feydeau al ser traducida. Escenas enteras, como la del diccionario que podría encontrarse fácilmente en una antología del humor escénico, carece en la traducción al español, de la gracia y penetración que tiene en el texto original.

Es éste, a nuestro juicio, el principal inconveniente que nos presenta la representación de "Purgante para el niño", que se ofrece en el Petit Rex.

La pieza, en sí, es un alarde técnico del gran comediógrafo francés. Sus dos actos se mantienen en una misma situación que va creciendo en intensidad para producir la carcajada final. Como en la mayoría de sus obras, Feydeau parte de un hecho simple, que va enredando, haciéndolo adquirir proporciones para terminar en situaciones en que la farsa y el ridículo llega a su extremo.

Esta calidad progresiva de ritmo y acción, es lo que no está dada en la representación del Petit Rex. A poco de abrirse el telón la discusión de marido y mujer es llevada con un brío tal que no es posible aumentar la intensidad. De ahí entonces, que la mayor parte del vaudeville se efectúe dentro de un ritmo monotamente forzado que impide valorizar el recurso cómico de la repetición tan pródigamente empleado por el autor.

Junto a este hecho de responsabilidad del director, es necesario tener presente la ausencia en el reparto de verdaderos comediantes. Con la excepción de Silvia Piñeiro, el resto del reparto carece de la calidad necesaria para dar vida a los ridículos personajes de Feydeau. Ni Manuel Poblete, ni Mario Montilles, ni Sonia Azócar, especialmente los dos últimos, están dotados para la comedia y mucho menos para el vaudeville. Poblete que es un actor sobrio, de reconocidos méritos, carece de lo que tan marcadamente posee Silvia Piñeiro, esto es, brillo escénico; en sus escenas se limita a dar la réplica a la actriz, pero él no logra llegar hasta el público en su grotesco personaje. Mario Montilles, que ha demostrado ser un buen actor dramático, no acierta a dar la nota ridícula que su personaje insistentemente debe tocar y Sonia Azócar, con inteligencia, compone un tipo de empleada tonta, que debiera hacer reír y que no lo consigue. ¿Por qué? Porque le falta calidad de comediante aún cuando, potencialmente, tenga capacidad de actriz dramática.

Hemos dejado para el final a Silvia Piñeiro. No creemos que se encuentre en nuestros escenarios una actriz más dotada para el vaudeville. Su fuerte personalidad llega y conquista a los espectadores; su personaje, aunque equivocado en nuestro concepto, al exagerar la nota ordinaria, revistiéndole así de una antipatía que le hace perder efectividad, está muy bien compuesto lográndose lo que es tan difícil en este tipo de piezas; dar versimilitud a lo ridículo. No la acompañaron, lamentablemente, sus compañeros de reparto y ello opacó su labor.